

15



LA CRUZ

DEL

SUR

MONTEVIDEO

Manuel Ruiz Díaz ha vivido en el aire embalsamado de la poesía finisecular. Siempre dejó que su inclinación lo llevara a una andanza lenta por el invernáculo tibio y enervante donde florecen los satanismos sutiles del bajo romanticismo, las alquimias exóticas, las morbideces decadentes, el sensualismo agudo de las tardes sin fin, la molición con seditas y perfumes añejos.

El simbolismo francés con todas sus ponzoñas filtradas y aromáticas se deslizó por América y llegó a ser la morfina que adormeció a la fiera tropical y selvática.

(Rubén, Nervo y Julio Herrera, agentes y depositarios de la poesía parisiense y decadente, no son del todo responsables de la absorción de América por Europa y tendrán atenuantes en el momento de la revisión).

Ruiz Díaz, aunque nacido y educado en la capital, ha vivido algún tiempo en la campaña agreste y en esa región fronteriza donde los contrabandistas llevan en el cinto toda la astucia del bárbaro. Sin embargo, no se percibe en *Clangor* ni una vislumbre de ese medio fuerte y abundoso, de esa tierra que suelta por todas sus grietas la reciedad y la frescura. Ruiz Díaz ha rehusado la poesía que se toma sobre lo vivo y en estado de naturaleza; ha preferido hacer versos a la manera de la decadencia del siglo pasado, y aún, con resabios de la tradición parnasiana. El gusto por la calidad pictórica que demuestra tener Ruiz Díaz en *Colores* es una huella del método y de la paleta del Parnaso, contra los cuales los poetas de ahora han reaccionado sin vacilar.

El autor de *Clangor* ha saboreado los herrerismos y rubenismos; se ha deleitado con el sahumario de la nostalgia dieciochesca, con el paganismo clásico, la tristeza romántica, las chinerías y los biombos japoneses.

Esto le ha hecho tomar el jazz como pretexto temático de apariencia moderna, sin recibir la vibración entrecuchada y fuerte que lo endereza.

Estamos seguros de que Manuel Ruiz Díaz que tiene temperamento artístico indiscutible y sensibilidad poética se templará en nuestro siglo y pisará fuerte en nuestra época.

G. G. M.

TERREMOTOS LÍRICOS Y OTROS TEMBLORES

POR SOLER DARÁS

Es un libro raro por su trama; es interesante por su desarrollo, bien concebido y plasmado. Son pasajes e incidencias expuestas, con mucho colorido, y con un estilo, en el que se hermanan la gracia con la ironía y lo alegre con lo triste.

«Terremotos Líricos» es la obra de un joven evolucionista; es una crítica filosófica-social, bellamente ideada, que hace reflexionar, y que se saborean, sus páginas, con verdadero placer. Son trozos cinemáticos, por así decir, descriptivos e incisivos, que dan una visión, buen aproximada, de las cosas de la vida.

Soler Darás, con las atinadas observaciones de su libro, y, usando una fina sutileza conquista al lector.

Soler Darás es un «pichón» Americano que ha salido al encuentro de Gomez de la Serna.

PALABRAS DEL RETORNO

POR GONZÁLEZ CARBALHO—Buenos Aires.

Se sabe ya que sólo es bien nacida la crítica capaz de ir a la más rigurosa severidad, si las circunstancias así lo exigen. De otro modo, en lo decisivo no tendría eficacia. Que los halagos fáciles desvirtúan. Y resultan funestos los elogios con los que se cree alentar, haciendo partir, cuando no cabe, desde lo ya alcanzado, en vez de insinuar el regreso, para volver a empezar de nuevo. Dado el exceso de producciones inconsistentes en nuestro medio literario, qué fecundo sería para todo escritor, presidirse por la conciencia que ondea, lacónicamente, en esta costumbre de los locos: el ciudadano que quería proponer una disposición nueva, se presentaba en la asamblea con una cuerda al cuello; si se aceptaba su proposición,—salvaba la vida; si se rechazaba, lo ahorcaban inmediatamente. Esto en general, para justificar la actitud del crítico.

Particularmente a González Carbalho, poeta leal, puede enfrentarse con una sinceridad que frente a otros pudiera parecer lastimante.

Se han despertado en él algunos valores profundos. (Ciertos trozos realmente notables de «La Anciana Sirvienta», «Manos de Sombra», «Deseo de Esperanza», etc, lo sugieren) Son tendencias místicas ya profundas. Pero están algo perdidas.

Es necesaria una cautela vigorosísima para no apegarse a las maneras de sentir que vagan en el ambiente de una literatura mediana. González no se ha sentido: imposible hallarse a sí mismo si se está asediado de influencias externas y no *connaturalizables*. Por ejemplo:—¿qué relación hay entre su profundidad y la profundidad (?) de un Juan Ramón Giménez o de un Amado Nervo?—Ninguna. Sin embargo, ellos son un obstáculo para Carbalho, aun cuando no los conociera directamente: están en el aire que respira. Lo acozan sin piedad. Le dan, sobre todo, una exterioridad de desolación que parece no haber conquistado por sí mismo, (Léase «Mala Tristeza», «Cansancio», «Inquietud», «Confesión», «El éxodo», etc., etc., etc.) El desencanto ya le ha llegado hecho y definido: no se ve elaboración suya, sostenida, flexible, trascendente. Claro es que su tristeza no conmueve. Es demasiado cómoda y blanda para no sugerir que sea obra de una de esas «adopciones» fructíferas: no está la sacudida de su individualidad.

¡Lo grave que es dar un libro! Y cuando éste es ya el cuarto, cómo deberán acrecentarse los escrúpulos!

Nada más temerario que sugerir orientaciones: sin embargo, creo que su más urgente necesidad es evadirse del medio actual, e ir a la alta poesía y filosofía; después vendrá la concentración y la individualización. Se me ocurre, haciendo una lista al azar: los trágicos griegos, reactivo para sus tendencias plácidas; los indios, Plotino, como desentrañadores de ciertas posibilidades místicas que hay en González. Y los Evangelios, léalos de nuevo.

O. M. B. DE B.

JOSE ENRIQUE RODÓ Y BLANCO FOMBONA

POR JUSTO MANUEL AGUIAR

Después de José Enrique Rodó, que quizás fué el mas alto crítico de América, aunando en su crítica, una labor de historiador, de filósofo, de analista y de esteta, siguiendo en el sistema a la gran crítica francesa con Taine, Guyan y Renan; después de Rodó, el tan importante distinguo de crítico es de difícil aplicación entre nosotros; pocos de los que escriben sobre libros, influyen con sus ideas sobre el espíritu de nuestro tiempo, tomando a la literatura como un cuerpo vivo, destacando los problemas morales, políticos y estéticos del momento, al plasmar el ideario de toda una época; carecen de fuerza y de sugestión; y es de lamentar sinceramente la falta de esta especie de escritores, que es tan fundamental para cualquier país que se considere culto. Por eso este libro de ensayos de Justo Manuel Aguiar, debemos recibirlo con aplauso sincero; aunque su acción es reducida a un par de autores. En esta obra se anuncia la aparición de un fuerte talento de crítico, en una personalidad ya definida; Justo Manuel Aguiar, dueño de madurez intelectual da su talento animador a un aspecto del arte que es generoso y noble—el de crítica; en este libro tan reducido, está expresado ya sin embargo, lo que es capaz de darnos en el estudio de nuestros valores literarios, y hacia quienes habría que orientar con honradez la opinión, en este período de gran desconcierto, en que el público hace confusión entre lo bueno y lo mamarracho, mezclando la creación noble de los artistas altos, con el espectáculo ridículo de cuatro cantores que cual ateridos cigarrones hacen ruido en los umbrales del Arte; es desalentador que mientras una gran parte de nuestro público ignora a un Supervielle, un Iruche, Sabat Ernasy, Oribe, Horacio Quiroga, Carlos Reyles, María Elena Muñoz, se aturde con el nombre de cuatro gatos, que están en un permanente manlido de elogios mutuos.

Es este un libro de espléndida prosa, en que se nos hace el elogio de José Enrique Rodó y Blanco Fombona, exponiéndose ideas con honradez y sinceridad, fuera de toda torpeza erudita y fastidio pedante; aquí en este libro el pensamiento es personal y el valor interpretativo señalado, mostrando con ajuste el aspecto esencial de los autores glossados.

Sin embargo nuestra aspiración sería otra en crítica; nos encauzaríamos en una tendencia de sentido más artístico; ya que consideramos a la crítica, más que un noble instrumento de divulgación, de exposición, de análisis, un factor creador y de significación personal; sostenemos la impresión propia que es belleza total, en el interés dúplice, de lo que nos da el animador, más todas nuestras facultades ennoblecedoras en la potencia de la palabra y del pensamiento.

J. M. F.

LA MUSA DE LA MALA PATA (Poemas)

POR NICOLÁS OLIVARI

Editorial Martín Fierro.—Buenos Aires 1926.

Humorismo a rienda suelta, vertiginoso y con punteo fotogénico, sostenido por un lirismo en donde cabe la ternura, la inquietud social y hasta

la crudeza del decir callejero. Buenos Aires ocupa una primera latitud en este poemario abigarrado y bien templado. (Buenos Aires en su sentido espacial, y en su dinamismo candente). La ocurrencia porteña, la forma más incisiva y flagelante del criollismo agil, se desplaza a lo largo de las estrofas alertas y corre con empuje de paímpero filtrado por el arrabal. Y a veces, d. tras de la risotada o del toque burlesco se presiente una tristeza rezagada capaz de entrar a una casa suavemente por la ventana entreabierta. El lado penetrante de una gran metrópoli como Buenos Aires, el inquietinatio, las decoraciones de la miseria urbana, todo ese relieve palpable de lo humilde con puerta de calle está agarrado de golpe por Nicolás Olivari.

Realismo lírico que empuja y se desata, que anda por la ciudad entre los hombres, que se sacude libre y con la valentía de llamar las cosas por su nombre. (La pieza que lleva como título *La dactilografía tuberculosa* es una de las que dan la medida del libro).

Y de pronto, en medio del tema principal y continuando, aparece, con aire de digresión, un rápido toque acertado y derecho que se mete por los sentidos y realza los valores del desenvolvimiento hasta llegar a ser motivo indispensable dentro de la pieza:

junto a la reja colonial
del conventillo del arrabal
había una maceta.

Puede haber hasta cierto linaje de ternura en esa ojeada poética sobre una forma tangible y en medio de un andar bravo y de macho.

El poeta Nicolás Olivari es un hombre del Río de la Plata.

G. G. M.

CUADROS DEL HOSPITAL

POR ISIDRO MAS DE AYALA

Montevideo 1926.

I

Las calles 25 de Mayo, Maciel, Washington y J. L. Cuevas, forman un ring sombrío y vetusto, donde suben los boxeadores de la Vida. Unos, prepotentes y seguros de su triunfo, se dan sobrenombres raros: Doctor, Médico, Cirujano etc. Otros, doloridos y vencidos al subir al ring, se titulan: Desgraciados, carne de bisturi, residuo humano...

El público—que no puede contemplar el combate—va de una a tres, a consolar a los perdedores. Y en estas dos horas se oxigena con cloroformo y dolor.

II

Isidro Mas de Ayala es un muchachón de rostro triste y de labios gruesos. (Al decir que tiene labios gruesos, dejo sentado, que es muy bondadoso). Es médico, y diagnostica con la misma sencillez, con que, el bárbaro Pancho Espínola, nos describe la escena del padre, besando al hijo *agusanado*.

III

Una mañana en la que el sol alegremente, hacia saltar los cascarones de dolor del Hospital Maciel, el Hombre le dió un *uppercut* al Doctor, y

Más de Ayala, comenzó a escribir los CUADROS DEL HOSPITAL.

Y su mente afebrada, vió rodar un montoncito de carne que movía las manitas y ensayaba un llanto; platíó con un dolorido que el doctor llamaba loco; palpó el dolor de una pierna que el serrucho separó para evitar una gangrena total; y dividió al Sufrimiento, haciendo piruetas de clown, saltar de cama en cama, pinchando la carne de los enfermos, gritándoles brutalmente: Soy yo, imbéciles, el Sufrimiento que me metí por vuestra boca, cuando la abristeis por primera vez para llorar, en aquella noche, en que una mujer os arrojaba al mundo.

IV

Se necesitaba el hombre corajudo que nos describiera las escenas brutales de una sala de operaciones. Y apareció con Isidro Mas de Ayala.

CUADROS DEL HOSPITAL, son diez y siete narraciones reales de lo que vió el autor en su peregrinaje por los nosocomios. Si tuviera que optar por una, no vacilaría en aplaudir fuerte, a los cuatro brochazos magistrales del relato titulado: *Sala de operaciones*.

A los escritores como Isidro Mas de Ayala, les exigimos, a la brevedad posible, un nuevo libro.

J. C. W.

TIEMPOS DE LA PATRIA VIEJA

POR ANGELICA PALMA

Es una novela cuya acción transcurre entre los años 1820 y 24, en la época de la independencia peruana.

Verdadera novela histórica que recuerda las luchas entre los conquistadores y los naturales. Con personajes de aquellos tiempos, desarrolla su autora, la novela histórica evocativa. Está escrita con estilo vigoroso y bellísimo, y, bien delineados psicológicamente, los héroes peruanos, los españoles de rancio linaje, y los personajes que dan vida a la novela.

Angélica Palma ha escrito una novela llena de emoción, de verdad y con una característica bien americanista.

En «Tiempos de la Patria Vieja», vibra toda el alma de la América que luchó por su independencia.

Angélica Palma es una novelista americana con una gran potencialidad mental.

D. C. S.

VERSOS DEL EMIGRANTE

POR C. DELGADO FITO

Libro pletórico de estrofas modernísimas, de una expresiva emotividad y de una originalidad remarkable.

Se observa el poeta fuerte, filósofo, pleno de dolor y de belleza, dejándonos en cada canto, un sedimento de amarga realidad.

Fito es un sublime Novelista, destacándose con perfiles nítidos y propios. Se ha forjado con su solo esfuerzo.

En su labor resalta: el hombre de talento, con un gran corazón de poeta.

D. C. S.

HORAS HERALDICAS

POR EDUARDO ATTWELL DE VEYGA

Sociedad de Publicaciones El Inca. Biblioteca Tres. Buenos Aires. 1926.

Don Eduardo Attwell de Veyga nos remite, con amable dedicatoria que mucho agradecemos, un volumen conteniendo cincuenta sonetos.

Cincuenta sonetos de construcción perfecta. El libro del señor Attwell de Veyga está bien presentado, limpiamente impreso, no tiene errores tipográficos, trae bien distribuido el material. Divídese el volumen en seis partes: Láudes, Horas menores, Vísperas, Completas, Maitines y Responsorio. Acabóse de imprimir el libro del señor Attwell de Veyga el día 11 de septiembre del año 1926.

Si el señor Attwell de Veyga hubiese publicado su obra en 1908, veinte años atrás, su éxito hubiera sido clamoroso. Son las composiciones de este libro muy 1903, 1904, 1905, 1906.

En estos momentos de vanguardia, lanzar un libro de estos es tender un desafío. Como tender un desafío hubiese sido salirse con un libro de los de ahora en aquellas épocas del 1906.

No entendemos bien qué quiere decir el señor Attwell de Veyga con sus cincuenta sonetos; cuarenta y nueve perfectos, y uno—«Derrumbamiento»—con un verso largo de doce sílabos: «y el silencio sonrió sobre mis labios».

No sabemos qué quiere decir con este volumen que no añade nada al impulsivo movimiento literario actual. El libro da una sensación de cansancio. Parece que el autor, cuya edad ignoramos, se refugia en estos sonetos para olvidar los golpes de la vida.

No sabemos qué cansa más: si el cansancio del poeta o el runrún del verso siempre medido y siempre consonantado.

No está nuestra sensibilidad para sonetos. Hace años tuvimos debilidad por ellos. Ahora...

Hemos sido sobrecogidos por la evolución gigantesca de la literatura de última hora.

Sonetos, once sílabas, consonantes y acentos fijos: idea de recitado poético, en un salón, hace veinte años, ante señoritas de dieciocho años, con los pies cubiertos por la pollera, señoritas que se abanicaban con furia la emoción que se les trepaba al rostro y les amenazaba aquél sombrero tan ridículo, ginele del moño que remedaba la empuñadura de una ametralladora.

AMF.

En virtud de haberse hecho cargo en ésta, de la correspondencia de EL TELEGRAFO, la NOVELA SEMANAL y EL SUPLEMENTO de Buenos Aires, deja de pertenecer voluntariamente a la Redacción de esta Revista nuestro amigo Juan Carlos Walker.

Deseamosle mucho éxito en su nueva ocupación.

SECTION FRANÇAISE

Directeur: EDOUARD G. DUBREUIL

LES DERNIERS ROMANS D'ANDRÉ GIDE

André Gide est deux. Que nous connaissions l'un des personnages qu'il représente en littérature à l'exclusion de l'autre, s'il nous est un jour donné de découvrir le second nous nous jugerons trahis. Et supposons que nous nous trouvions à cet âge d'or où les auteurs gardaient l'anonymat, où serait l'acrobate intellectuel capable de rapporter à la même source deux ouvrages aussi différents, et presque contradictoires, que *Le Retour de l'Enfant prodigue*, et *Les Faux-Monnayeurs*, par exemple ?

Les Nourritures terrestres, *La Symphonie Pastorale*, *Le Retour de l'Enfant Prodigue*, pour ne citer qu'au hasard, toute une partie de cette œuvre qui ferait croire, de Gide, à un nouveau Pascal: inquiétude de l'esprit qui cherche, par son tourment même à prouver son existence. C'est cet appétit insatisfait d'une réalité supérieure qui ne réside qu'en certains, les élus, fait déclarer à André Gide dans son *Enfant Prodigue*: «Ce que je cherchais sur les routes, ce n'était pas, d'abord, tant une auberge que ma faim». Puis, connaissant les œuvres naturelles avec assez d'ampleur et de pénétration pour remonter jusqu'à leur cause essentielle, il unit par une audacieuse synthèse le problème moral au problème de l'intelligible: «C'est la reconnaissance de mon cœur qui me fait inventer Dieu chaque jour».

D'ailleurs Gide adhère à cette solution toute platonicienne du problème moral que le bien est fondé sur la connaissance qu'on en a. «Tout méchant est un ignorant», disait Socrate. Gide, à très peu près, entreprend l'exégèse de cette parole miraculeuse et vaine contre laquelle se sont élevés plusieurs siècles de morale pratique, mais qui a toujours emporté l'adhésion de l'optimisme philosophique.

Relisez *La Symphonie Pastorale*. L'allégorie y est développée tout au long. Un homme, placé entre le bien et le mal doit, pour agir bien, résoudre la question de casuistique que lui pose la vie. A côté de lui, une enfant aveugle, à l'état d'ignorance—brebis à qui la lumière montrera le chemin de la bergerie—se tient à égale distance du bonheur et du malheur. C'est dire que le bonheur n'est pas négatif.

Il vient à la suite de la connaissance, et il est créé par elle. Bien plus, cette connaissance ni ce bonheur ne sont gratuits, mais ils fondent les valeurs du bien et du mal. Il faut donc que le sujet moral qui réside en nous se décide à interpréter, en fonction de sa propre vie,

la vérité impersonnelle et générale. Mais la créature ne peut faire son salut que si elle a, préalablement, ouvert les yeux à la lumière.

Voilà quelle forte leçon il paraît tout aisé de tirer des livres d'un Gide mystique, ou, tout au moins spiritualiste, qui appartiendrait, avec les modifications inhérentes au renouvellement des siècles, à la grande lignée des classiques français. Gide qui serait un Descartes, pour l'équilibre de l'intelligence, tempéré d'un Pascal pour tout ce que l'intelligence contient d'inachevé, et d'ina-paisé le cœur humain—Ajoutez à cela une langue racinienne. Comment? André Gide, lui-même, dans un de ses articles d'*Incidences* nous raconte—j'ai tort de ne pas reproduire fidèlement l'expression—que, ayant lu Marcel Proust, et comparant à cette complexité retentissante d'échos et d'harmoniques, la soi-disant pureté de son style, est tenté de traiter de pauvreté cette pureté même. N'est-ce point inoffensive coquetterie ?

On serait tenté de le croire. Comment le critique clairvoyant qu'est M. André Gide, ne mettrait-il pas à sa juste place cette intelligence absolue de la forme qui répond précisément au dessin de la pensée et qui l'apparente aux meilleurs noms de la tradition française.

Mais abordons le deuxième personnage de ce grand écrivain direct et maître de soi. Ouvrons *Les Faux-Monnayeurs* ou *Les Caves du Vatican*. Nous voici jetés dans une grande perplexité. M. Gide ne serait-il pas entraîné de se jouer de nous. Ses héros petits jeunes gens pleins d'apparente candeur, en savent long sur leurs semblables et la façon de les exploiter. Ouvrir adroitement des lettres; forcer un tiroir; s'emparer d'une valise; trouver enfin le moyen d'agrémenter le roman de sa propre vie, voilà ce que M. André Gide daigne ponctuer d'un sourire. Il suffit que le jeune audacieux ait ainsi fait preuve d'une sorte de courage, qu'il n'ait pas appréhendé la punition éventuelle de son action, et l'absolution lui est largement accordée—Quant au contenu même de l'acte, à ce que que les bourgeois, bonnes gens, respectent d'habitude comme l'expression de la loi morale? Vanité! Il suffit, chez A. Gide, que la volonté joue son rôle en liberté—Disons, du kantisme à l'envers, ou, si l'on veut, et en dépit du paradoxe, du Kantisme amoral.

Du reste ces jeunes héros—car en effet la plupart sont jeunes, et posent sur leurs façons un masque de héros—ne s'en tiennent point aux actions bonniges. Ils voient grand, et, pour le plus grand malheur de leurs contemporains, ils agis-